

LA CIENCIA POLITICA EN AMERICA LATINA NOTAS PRELIMINARES DE UNA AUTOCRITICA*

Wanderley Guihlherme dos Santos

El desarrollo de la Ciencia Política como disciplina institucionalizada, es decir, sujeta a programas y realizada en centros de investigación —comprometida de diversas formas con un quehacer disciplinario—, es bastante reciente en América Latina. Por esta razón, entre otras, se torna difícil hacer una evaluación precisa y justa del “estado actual de esas artes” en la región. A lo anterior hay que sumar un intercambio débil de informaciones e ideas entre los diversos centros y la inexistencia de una clearing-house que tenga la tarea de difundir tales informaciones y de incentivar aquel intercambio. Estas notas son un relato sobre la Ciencia Política en América Latina, a las que no precede ninguna investigación sistemática, lo cual no significa que desconozcamos el riesgo —posible— de presentar una imagen inapropiada de los esfuerzos latinoamericanos que están empeñados en la producción de conocimientos científicos. Debe quedar claro, por lo tanto que estos apuntes no pretenden ser un inventario de lo que se está haciendo en el campo latinoamericano de la Ciencia Política. El objetivo del texto es, más bien, presentar una evaluación personal de lo que al parecer del autor son algunos de los más importantes indicadores del reciente progreso de la disciplina en América Latina y de los aspectos que considera son algunos de los principales obstáculos de su desarrollo ulterior.

La exposición hará énfasis fundamentalmente en los obstáculos al desarrollo de la Ciencia Política en América Latina y apenas, muy ligeramente, apuntará algunas de las características positivas del mismo. Como una últi-

* Traducción del portugués por Francisco Galván Díaz. Publicado originalmente en: *DADOS*, Revista de Ciencias Sociales, Vol. 23, n.1. 1980. Río de Janeiro, Brasil. Trabajo presentado al XI Congreso Mundial de la Asociación Internacional de Ciencia Política en Moscú del 12 al 18 de agosto de 1979.

ma advertencia debo aclarar que escogí deliberadamente tal estrategia de exposición, por la sencilla razón de que me preocupa menos exaltar los contrastes favorables en relación al pasado de la disciplina, que provocar un debate sobre las formas más adecuadas para estimular la producción del conocimiento sobre la política de la región. Por este mismo motivo, me abstengo de personalizar o de argumentar apoyándome en la referencia a autores más o menos consagrados. En esencia, más que buscar contestar a algunas tesis específicas de cualquier autor en particular, me propongo destacar algunas deficiencias que me parecen relevantes en la producción contemporánea. Las citas específicas, en este caso, darían lugar a un debate más general en términos de una polémica meramente tópica, en la cual estoy mínimamente interesado. Expuesto lo anterior, pasaré a la relatoria propiamente dicha —como manda la conveniencia— empenzando por los elogios.

La división social del trabajo intelectual y sus consecuencias positivas

Como se sabe, la división social del trabajo se da en el nivel de los grandes agregados sociales —primario, secundario, terciario. . . para utilizar la distinción convencional—, pero igualmente en el interior de cada microunidad de esos agregados —en la hacienda, en las fábricas y en los servicios. Menos marcada aún es la división del trabajo intelectual que comienza a presentarse, principalmente a partir del siglo XVIII, cuando la acumulación de conocimientos especializados de los diversos ramos en que estaba constituido el dominio de la filosofía, se torna inviable para la permanencia del productor autosuficiente de conocimientos. No nos interesa, en estas notas, detallar la ruta seguida por este proceso de especialización del saber, sino más bien, resaltar que su efecto fue la constitución de un conjunto diferenciado de disciplinas, tanto en el ámbito de las denominadas ciencias naturales como en el que se refiere a las ciencias sociales.

El proceso de la división del trabajo intelectual es también identificable en América Latina. El estudio del derecho se da, de modo semejante, haciendo las veces de la antigua filosofía y abrigando en su seno las diversas modalidades del análisis social, en tanto que la economía, la sociología, la ciencia política y la administración fueron inicialmente desarrolladas y estudiadas por juristas en el contexto institucional de las escuelas de derecho. Es de esta matriz institucional que se va desprendiendo lentamente el estudio de la economía, de la sociología y de la política —frecuentemente hermanas en departamentos de ciencias sociales—, así como de la historia y la administración (pública y privada).

Las ventajas de este proceso de especialización son análogas a las ventajas que se observan en la división del trabajo material: Mayor productividad de los productores —en lo concerniente a cantidad— en general, y mejor calidad del producto. La obligación de comprometerse, tan sólo, con una porción limitada de la realidad social y el procedimiento apropiado para el tratamiento de tal porción, condujeron —como es natural— a mayor cantidad producida por tiempo invertido y a una mayor competencia en la elaboración del producto final. En consecuencia, es innegable el dato de que

contemporáneamente se conoce más y mejor diversos aspectos de las sociedades latinoamericanas de los que se conocía —digamos— hace treinta años.

De esta manera, como saldo positivo del proceso de especialización del saber, la actividad científica se vinculó a la institucionalización en departamentos, institutos y centros de opinión favorables, lo que de cierta forma vino a multiplicar los grupos de opinión favorables al reconocimiento social de la actividad profesional de investigadores y analistas sociales. Hay que decir, que si es verdad que a este saldo correspondió paralelamente un proceso competitivo, sobre todo entre los juristas y los economistas, en torno a la mejor forma de operar las instituciones de poder estatal (tradicionalmente monopolizados por los juristas), no lo es menos que las instituciones, por así decirlo, corporativas de las diversas disciplinas, ha tenido también una colaboración significativa en el establecimiento de controles internos en cada disciplina, es decir, en la formación de patrones de trabajo que se aproximan a una ética profesional. En este sentido, ya no es tan fácil emitir impunemente juicios irresponsables, estrictamente de opinión, sobre cualquier problema social o sobre la rubrica del análisis del mismo. Los controles de calidad tipificados para la división del trabajo material a nivel micro, esos que están presentes en el interior de cada unidad productiva, también comienzan a utilizarse en el campo de las disciplinas sociales. Cierta respetabilidad social, institucionalización, mayor productividad y mejor control: de calidad del producto, son algunas, y no sólo pocas las consecuencias positivas que la división social del trabajo intelectual ha producido, o mejor, que va produciendo en América Latina. Es así que tal proceso no difiere drásticamente de las características que marcaron el desarrollo histórico de las disciplinas sociales en Europa o en el mundo anglosajón. Al mismo tiempo, algunas consecuencias negativas de la división del trabajo intelectual en América Latina, le confieren a tal proceso ciertas características peculiares.

La división del trabajo intelectual y sus consecuencias negativas

Hoy en día está muy difundida la idea de que la compartimentación y burocratización de las disciplinas sociales, ocupándose cada una de ellas de porciones limitadas de la realidad social global, ha producido no solamente dividendos positivos, sino que analógicamente al proceso de la división del trabajo material, ha generado también consecuencias negativas para el adecuado entendimiento de los complejos problemas sociales. Bajo esta óptica se investiga la sociedad, por decirlo así, a partir de compartimientos estancos —la economía, la sociedad (strictu sensu) y la política, para reducir el problema en tres dimensiones—, y se cuestiona si es éste el recorte más apropiado para reflejar los fenómenos sociales, o en su defecto, si tal compartimentación se debe a la lógica del acaso. En esta dirección habría que interrogar antes, si desde el punto de vista epistemológico cualquier recorte en la totalidad social es en todo caso legítimo. Sin embargo la dimensión epistemológica del problema no nos ocupará aquí. Nosotros vamos a partir de la existencia de una innegable burocratización y compartimentación de las disciplinas sociales y a apuntar algunas de las consecuencias negativas que

tal división parece haber ocasionado específicamente para el estudio de la política en América Latina.

Con todo, vale la pena —preliminarmente— considerar que el abandono de una perspectiva totalizante en relación a las sociedades no significó tanto el descuido, como la caracterización de lo que sería el objeto por excelencia de cada una de las disciplinas y que, por así decir, daría sentido globalizador a los eventuales avances de conocimiento en áreas muy particulares. Por ejemplo, la economía definió al “sistema económico” como la realidad global a la cual deberían estar referidos los diversos conocimientos particulares del funcionamiento económico, para que estos adquiriesen sentido pleno. Se tornó indispensable una formulación de la estructura y dinámica de esta realidad global —del sistema económico— para que los conocimientos especializados de las dimensiones de la economía —v.gr., el sistema tributario y fiscal— pasasen a tener significado en un cuerpo integrado de doctrina. Es necesario, también, señalar que las disputas sobre las formulaciones competitivas de la estructura y dinámica del “sistema económico” constituyen uno de los móviles más relevantes para el desarrollo del conocimiento de esta dimensión de la realidad social, lo mismo que de sus aspectos más parcelados. Lo mismo se podría decir de las demás disciplinas sociales —del sistema social y del sistema político, en relación a la Sociología y a la Ciencia Política, respectivamente—; más lo que importa aquí, es considerar que no todas las disciplinas sociales se dieron en una igual sucesión durante el proceso de definición de sus “totalidades parciales”. Sin afán de suscitar una gran polémica, creo que puede afirmarse, que la Economía antecede a la Sociología y ésta a la Ciencia Política. Por otro lado, parece también un acuerdo que los historiadores poseen una tradición disciplinaria más sólida y menos caótica que los sociólogos o los científicos de la política.

De este desarrollo parcelado desigual de las disciplinas sociales, resulta que la Ciencia Política es muy probablemente, entre todas, la que aún se enfrenta de forma más dramática a una crisis de identidad. ¿Se llegará algún día a resolver esta crisis? Si ésto es posible, es una respuesta que corresponde al dominio de las cuestiones epistemológicas excluidas de estas notas. En adelante, cabe observar los efectos de esta inmadurez relativa frente a las demás disciplinas sociales, que aún cuando se dan en todo el mundo, se producen en el ambiente cultural específico de América Latina.

Obstáculos al desarrollo del análisis político en América Latina

La búsqueda de un entendimiento más globalizante, menos parcializado, de la realidad política, es una característica visible en la producción latinoamericana. Son escasos los trabajos de peso que, ocupados solamente con una dimensión del sistema político —sea por ejemplo el sistema partidario, o el papel legislativo de las políticas gubernamentales—, no procuren de alguna forma referirla a la sociedad global, con el fin de ganar pleno sentido e inteligibilidad. Estas tentativas pueden ser distinguidas como el aspecto positivo de la producción latinoamericana, en la medida en que denotan una conciencia aguda de las limitaciones de la compartimentación y buro-

cratización de las disciplinas sociales. Pero es en el modo en que se operan estas “totalizaciones parciales” o “globalizaciones”, en el que vamos a encontrar, todavía, las principales deficiencias y debilidades del análisis político latinoamericano contemporáneo. Como se dejará ver a continuación, esas deficiencias son básicamente tres.

I. DEFICIENTE HISTORICISMO

Es bien conocido el dato de que el positivismo encontró en América Latina (quiero decir, el positivismo ortodoxo —comtiano) un campo fértil, de raíces duraderas. Tal vez sea menos conocido el dato de que en América Latina, al contrario de lo que ocurriera en Europa, no representó una infusión de reaccionarismo o de conservadurismo contra los avances de las doctrinas socialistas. Por lo contrario, el positivismo latinoamericano se difundió como una doctrina contra los sistemas de creencias dominantes, tradicionalistas, que buscaban en las más variadas teorías naturalistas la justificación para la consagración del orden vigente, del derecho o de la teoría política. Es contra las doctrinas que buscaban justificar ideológicamente el inmovilismo del orden social, que el positivismo comtiano introdujo —por vía de su doctrina de los tres estadios de la humanidad— la relativización histórica de las instituciones, su transitoriedad y, consecuentemente la inevitabilidad de su transformación, en los análisis latinoamericanos. El objetivo progresista de demostrar que las instituciones deben transformarse, no puede justificar teóricamente su permanencia inalterada en el contexto latinoamericano del siglo pasado (lo que quiere decir, en sociedades preindustriales o en las que el proletariado urbano posea un significado escaso) induciendo a la absorción de una doctrina que obliga al estudio, aún más, a la demostración de la historicidad de las instituciones y de los procesos sociales.

Abierta la puerta del análisis social, político e histórico, por la que entrarán todas las variantes del evolucionismo, se fracciona la inteligencia latinoamericana en torno a las diversas corrientes y polémicas europeas —haechelianismo, spencerianismo, etcétera— que marcan decisivamente a los analistas, inclusive a los juristas, con el gusto por el análisis histórico. Cabe observar, por otro lado, que el esfuerzo por entender los fenómenos sociales y políticos desde una perspectiva histórica, siempre se desarrolló a partir de macroteorías alternativas. El gusto por la historia, deificado como herencia del positivismo y de todas las formas de evolucionismo, fue en realidad el gusto por la teoría de la historia a partir de la cual, fuese cual fuese la preferida, se pasaba a interpretar los fenómenos políticos y sociales específicos. No se trataba de análisis históricos en el sentido convencional de los historiadores, de búsqueda paciente y trabajosa, de registro y encadenamiento de los acontecimientos en su complejidad y multiplicidad. Antes bien, se trataba de interpretar los eventos contemporáneos en el marco de una teoría de la historia ya dada, que le confería sentido histórico al fenómeno en examen. Por esto es que al lado de la permanente preocupación por el análisis histórico de los fenómenos políticos y sociales, se verifica en gran medida la ausencia de una bien establecida tradición de los

estudios históricos, en el sentido disciplinar del término. Como consecuencia de ésto, la historiografía-política latinoamericana es pobre, de credibilidad dudosa y de una competencia técnica cuestionable. Es de estas dos características que se origina una de las principales debilidades de la Ciencia Política latinoamericana contemporánea. A cuenta de la herencia comtiana-evolucionista, busca superar la compartimentación disciplinar y asumir una totalización parcial, por la vía de la historización del análisis, contextualizando los fenómenos mediante la investigación de los estudios históricos; por otra parte, los científicos políticos latinoamericanos se ven obligados, para no faltar a su compromiso con la totalización parcial, a hacer por sí mismos la historia que precisan para sus análisis. Tómese como ejemplo lo siguiente: en la mayoría de los estudios más significativos sobre América Latina, la estructura del argumento —sea del artículo o de libro— es prácticamente la misma; se ve cómo surgió el problema de que se trata, cómo evolucionó y cómo se entrelaza con el resto de la “historia” del presente. Sin lugar a dudas, este estilo de análisis ha producido conocimientos valiosos sobre el pasado y sobre el presente de América Latina, en sus aspectos políticos. Sin embargo, me parece procedente apuntar algunos puntos deficientes en la producción de la Ciencia Política actual en América Latina, a saber:

+ Visto desde un ángulo histórico, mucho de lo que se produce en el campo de la Ciencia Política en América Latina, constituye en realidad un producto híbrido de historia mediocre, en el sentido tradicional, escrita en un lenguaje de Ciencia Política. Desprovistos de procedimientos disciplinarios específicos, los científicos políticos latinoamericanos incurrir frecuentemente en graves ingenuidades metodológicas que ningún investigador competente admitiría. Para dar un ejemplo... todos sabemos que los periódicos deben ser leídos y asimilados cum grano salis, esto es, ningún lector de periódicos (no me refiero a los científicos, sino más bien a los ciudadanos comunes) es hoy en día tan crédulo al punto de no comprender que márgen variable del noticiero periodístico incorpora no sólo los datos descriptos, sino los intereses del periódico. Esto para no mencionar aquellos acontecimientos que ocurren, que son conocidos por un ponderable número de personas y con todo, no se informa acerca de ellos. En otras palabras, que lo cotidiano de la empiria histórica no está todo retratado en los periódicos y ni siquiera lo que está, lo está fielmente. Los manifiestos o declaraciones de asociaciones o líderes de clase, también son interpretados por el lector común como un mensaje de la asociación o del líder, buscando encontrar ciertos objetivos, los cuales no son necesariamente aquellos expresos en el mensaje.

Pues bien, éste conocimiento trivial del lector común de periódicos, es imitado por el cientista político cuando hace historia y frecuentemente exhibe noticieros de periódicos o manifiestos y declaraciones como prueba concluyente de la verdad histórica de los datos. O sea, la simple distancia de los años puede transformar lo que solo es malicia política o deformación periodística en verdad histórica para los científicos políticos desinformados. No deseo aquí, evidentemente, alentar una discusión sobre el establecimiento de la fidegñidad y credibilidad de las fuentes históricas. Mas que eso,

pretendo señalar un dato: por falta de entrenamiento o de procedimientos especializados, el afán de la historización de los análisis, frecuentemente induce a los científicos políticos latinoamericanos a expresar en lenguaje pedante, revestido de científico, lo que muchas veces no pasa de historia reconstruida de manera incompetente.

+ Otra consecuencia del historicismo deficiente de la ciencia política latinoamericana es la repetida tendencia a la racionalización del pasado, a la manera de un determinismo *ex post facto*. Pobremente armado para identificar la complejidad de los procesos históricos e incapaces de generar las evidencias pertinentes para revelar las alternativas y opciones que cotidianamente se abren a la acción política, terminan presos de los indicadores más toscos en relación a procesos pasados —que son obviamente aquellos más visibles y que apuntan hacia una sucesión principal de los eventos. No conciben cómo una historia podría ser diferente y, así, no consiguen explicar por qué terminó siendo como fue. Deficientes en la demostración y en la percepción de las alternativas reales del curso histórico, terminan cautivos de la alternativa que vieron finalmente prevalecer. En consecuencia, la historia fácilmente les resulta como algo que no podía ser diferente, ya que una sucesión de acontecimientos que terminaron por prevalecer, poseen efectivamente una racionalidad, que les parece por lo tanto, como la única posible. No es la lógica de la historia, todavía, la que se revela en los análisis políticos contemporáneos, sino el registro sedimentado de las soluciones que prevalecen, de donde se sigue una racionalización del pasado y del determinismo *ex post facto*.

+ La tercer consecuencia del historicismo deficiente se desprende del precio que se pagó por la tarea fácil de demostrar como la historia no podía ser diferente. Ella consiste en la dificultad congénita de los científicos políticos latinoamericanos de no ser capaces ni siquiera para arriesgar previsiones acerca de un futuro próximo. En cuanto que la racionalización del pasado de la historia, les aparece como algo que no podía ser diferente de lo que fue, el análisis del presente les resulta como un palco histórico en el que prácticamente todo lo que puede ocurrir resulta, pues, imprevisible. Precisamente porque son muy poco capaces de entender como la historia podía haber sido diferente y por qué no lo fue, están igualmente prisioneros de la apreciación en el presente, de aquello que probablemente no deberá ocurrir. Si todo puede ocurrir, entonces, en contrario de la historia pasada casi enteramente determinada nos enfrentamos a un presente como un proceso histórico fortuito, casuístico, en el que todo depende de esta o de aquella iniciativa, de este o de aquel actor, de este o de aquel acontecimiento, siendo insensato por consiguiente y posiblemente "ahistórico", arriesgar cualquier previsión. Se apela a la racionalización del pasado y se llega a la consagración de las soluciones vencedoras, ignorándose la efectiva lógica de la Historia. Por la imponderabilidad del presente, se llega también al determinismo cuántico, materializado en la imposibilidad de intentar anticipar los posibles perfiles agregados del futuro inmediato, dado el comportamiento acertado o errático y las consecuencias agregadas de las partículas individuales (de los actores políticos contemporáneos) que componen el presente histórico.

II. ECONOMICISMO

La influencia del marxismo en las ciencias sociales es evidentemente indiscutible, en Europa, en el mundo anglosajón, en África y también en América Latina. Sería una proposición innecesariamente polémica, afirmar que en América Latina ésta atracción se funda en una variante de la fascinación por el análisis evolucionista. Sin embargo existen quienes atribuyen al marxismo latinoamericano un parentesco identificable con el positivismo. Para los efectos del presente relato lo que importa es considerar que, sin duda, el marxismo siguió al positivismo como la influencia más relevante en la producción de las ciencias sociales, en general y, en la Ciencia Política, en particular. Más recientemente, también se hace sentir la influencia de Max Weber, de tal modo que cabría, en una buena polémica, discernir las variantes marxistas-positivistas de las variantes marxistas-weberianas que se expanden en la región. En cualquier caso, es prácticamente indisputable el predominio de las orientaciones marxistas en la producción científica latinoamericana.

Por un lado, si la influencia del marxismo contribuyó a reforzar la tendencia historizante de la Ciencia Política latinoamericana, por otro lado, ha incentivado las tendencias totalizantes-parciales mediante una teoría de la historia y por medio de la introducción como variable crucial de la teoría globalizante de la dimensión económica de la sociedad. Al contrario de las teorías anteriores que privilegiaban las manifestaciones del espíritu o la evolución de la humanidad o las formas superiores de la materia —abstracciones generalizantes de remota posibilidad experimental, sumamente pedestres—, la teoría marxista de la historia incluye entre sus componentes fundamentales, procesos incomparables de más verificabilidad, quiero decir, más confiables, que las teorías anteriores. Por cierto, es más inteligible interpretar a la historia según la evolución de los modos de producción y los procesos económicos, que conforme a las etapas del espíritu positivo. Y por ahí, al lado del refuerzo de la interpretación histórica, más que del estudio de la historia, el marxismo ha contribuido para que los científicos políticos latinoamericanos absorbiesen la economía al lado de la historia, como instrumental de ayuda en la tentativa de superar la compartimentación de la disciplina.

El otro estímulo fuerte para la absorción del análisis económico se derivó del prestigio innegable que el análisis económico posee entre las disciplinas sociales. Ya que siendo más maduro que los demás, y exhibiendo aparentemente una capacidad bien elevada de explicación e intervención en la realidad social, se comprende que las tentativas de totalización-parcial del análisis político procuren incorporar aquellas variables cuyo comportamiento parece estar ya relativamente domesticado en el nivel conceptual. De la misma manera, cerca al doble estímulo del marxismo y el prestigio de la ciencia económica, la Ciencia Política va incorporando en sus análisis no sólo incursiones en el terreno de la historia sino también en el de la economía. A diferencia de la historiografía latinoamericana, la ciencia económica producida en la región es de ponderable calidad y cantidad, lo que ha colaborado en el aumento de su prestigio entre el resto de las disciplinas y

en volver casi obligatoria la introducción del análisis económico en el análisis político.

No es por tanto a falta de una ciencia económica bien calificada que los análisis políticos se debilitan, o que hubiesen aventurado a entrar en este terreno. Aquí, la responsabilidad mayor, tal vez, exclusiva, corre por cuenta de la falta de preparación de los científicos políticos para el análisis económico más sofisticado. Si a un buen historiador es imprescindible el tratamiento en la producción de evidencias, en la estructuración del argumento y en sus reglas de comprobación, es igualmente indispensable que un analista político pueda encerrar o incluir en sus análisis económicos, o económico-políticos, un procedimiento y una preparación adecuada en los diferentes ramos de la ciencia económica. El precio de la división intelectual del trabajo se expresa justamente en el tiempo necesario de aprendizaje de habilidades para garantizar la calidad del producto, y como se sabe, es la ciencia económica una de las disciplinas parciales más evolucionadas en el refinamiento y en la calidad de sus productos. La falta de preparación de los científicos políticos en materia de análisis económico termina por llevar, entonces, la producción de estudios en el campo de la totalización parcial, vía análisis económicos, a la presentación de tres insuficiencias:

+ La primera que consiste en el uso excesivo del argumento de autoridad. Partiendo de premisas que indican que los científicos políticos son incapaces por sí solos de producir análisis económicos originales, se ven obligados a escoger de la ciencia económica, aquello que les parece más adecuado para el análisis político del fenómeno en examen. Pero la insuficiencia de entrenamiento y conocimientos, imposibilita que tal selección se haga por el entendimiento del mérito intrínseco de cada uno de los análisis económicos en disponibilidad. Los científicos políticos desconocen profundamente la economía y por consiguiente no están en condiciones de discutir las premisas o los argumentos de las doctrinas económicas con competencia. Siendo así, el único criterio de selección, es el de las conclusiones a que cada una de las doctrinas permite llegar. Los científicos políticos no enfrentan un análisis económico en contra de otro, porque están convencidos de sus premisas y de sus argumentos o porque concuerden con sus conclusiones. En esto consiste precisamente la raíz del argumento de autoridad. Cuando los científicos políticos incorporan consideraciones económicas en sus análisis, ellos no están en condiciones de adelantar un argumento económico ni siquiera en favor de sus preferencias, sin ir más allá de referirlo a las fuentes de las que repiten un remedo de las argumentaciones y de las conclusiones.

En consecuencia, es ilusoria la totalización parcial obtenida, vía análisis económicos, por los científicos políticos. Lo que efectivamente ocurre es, en algunos casos, una lastimosa supervivencia del análisis político en base a la referencia de economistas de prestigio. Se busca así legitimar un análisis político por la autoridad de los análisis económicos citados, sustituyéndose así el debate político por la disputa en torno de argumentos de autoridad.

+ La segunda debilidad del economicismo consiste en su vulnerabilidad metodológica. A partir de interpretaciones económicas que no dominan

completamente, los científicos políticos hacen las más apresuradas e ininteligibles inferencias políticas. Esto es igual si se toman los buenos textos de análisis político latinoamericano que busca la totalización parcial por la vía de la economía, que si se opta por analizar a qué tipo de hipótesis políticas dan lugar las consideraciones económicas. En otras palabras, raramente fue esclarecido en qué medida el fenómeno político siendo estudiado, puede ser mejor aprendido en el marco de una globalidad precedida del análisis económico. Y esto, en realidad, por una razón simple: Sea cual fuere el fenómeno político en discusión. . . sea el autoritarismo, sean los partidos políticos, sean los grupos de presión. . . en la mayoría de los casos, las consideraciones económicas que preceden a los diferentes análisis políticos son siempre las mismas. A saber, el tema económico más evidente en una determinada época. Por ejemplo, sea cual fuere el tema político a ser explicado no faltaran las mismas consideraciones sobre el proceso económico de sustitución de importaciones que caracteriza a América Latina, hasta su agotamiento o no, conforme sea el autor citado, y sobre la internacionalización de la economía. En rarísimos textos queda claro cuál es el nexo entre los procesos económicos generales que han sido descritos y el problema político específico que ha sido explicado o interpretado.

El resultado líquido de este relajamiento metodológico, consiste en algo que los científicos políticos latinoamericanos más temen, a saber, mecanicismo económico, esto es, la explicación de cualquier fenómeno político como mera consecuencia de los procesos económicos. Y todavía, a pesar de todos los giros retóricos sobre la necesidad de que se eviten los análisis mecánicos, lo que se encuentra con más frecuencia es la inmediata traducción de la dogmática económica adoptada en los eventos políticos que han sido analizados. De donde se sigue la tercera consecuencia negativa. . .

+ La tercera vulnerabilidad del economicismo consiste en que da lugar a explicaciones políticas contradictorias en base a la misma dogmática económica. Convendría aquí, tal vez, tomar desde luego un ejemplo para tipificar el problema en vez de discurrir sobre él. Como se sabe, el autoritarismo es un fenómeno intermitente y difuso en América Latina. Se trata, obviamente de un fenómeno político y el análisis político busca entender su emergencia y desgaste. Pues bien, el vicio del economicismo en los análisis políticos, reincidente, ha caído en explicaciones contradictorias para ambas cuestiones. Así, las recesiones económicas son presentadas ora como una explicación del desgaste del autoritarismo, puesto que es imposible para los regímenes autoritarios cooptar las masas y/o élites a través de la distribución de los beneficios; ora, la misma recesión es apuntada como la explicación para la permanencia del autoritarismo, dado que apenas en condiciones autoritarias pueden los regímenes autoritarios suprimir demandas en un contexto de escasez aguda.

De manera consecuente, altas tasas de acumulación económica, de crecimiento, tanto sirven para explicar la permanencia del autoritarismo, pues a ello sigue el argumento de que los regímenes pueden anestesiar la población y particularmente a las masas a través de la distribución de los beneficios, cuanto permiten explicar el desgaste de los sistemas autoritarios, por la inferencia de que los grupos sociales diferenciados socialmente por el cre-

cimiento, comienzan a demandar mayor participación política. Tanto el desgaste, cuanto la permanencia del autoritarismo —fenómenos políticos— son, digámoslo así, “inferidos” igual por el crecimiento, que por la recesión económica. Creo que procesos contrarios que explican simultáneamente resultados contrarios poseen un nombre definido en la clasificación convencional: MITOLOGÍA.

III. UN MARXISMO DIFUSO DE SEGUNDA CLASE

Antes de iniciar la discusión de este tercer y último obstáculo en el desarrollo de la Ciencia Política latinoamericana, conviene esclarecer un punto preliminar a fin de que el debate, no se esterilice en cuestiones adjetivas o que no están siendo bien planteadas. Me refiero claramente a una variante del marxismo de segunda clase que especificaré adelante— y no a los estudios de buena calidad y de orientación marxista, que innegablemente, también se han producido en América Latina.

Al releer algunos de los debates que se dieron en la segunda mitad del siglo pasado y a principios de este, sobre el verdadero significado y las implicaciones de las doctrinas del “maestro”, la mayoría de los estudios del pasado cultural latinoamericano no pueden dejar de producir risa. El “maestro” variaba y tanto podía ser Comte, como Haeckel, como Spencer. Menos preocupados en producir nuevos conocimientos según las doctrinas que consideraban acertadas —los investigadores— se perdían en disputas efectivamente escolásticas sobre los empecinamientos de sus queridos “maestros” y, más que ésto, se agrupaban en torno de diferentes discípulos europeos del maestro fundador. Ya no era suficiente ser comtiano. Era necesario que se definiesen los epígonos —en favor de Laffitte o Littré ¿? Y de ahí los debates sobre quien interpretaba mejor los planteamientos del maestro. Era esto, en tanto, lo que se podía llamar un positivismo de segunda clase que sustituía la investigación y la producción de conocimiento por la querella escolástica en torno de conceptos, definiciones y doctrinas.

Así como existió un positivismo de segunda clase, también existe, como es natural, un funcionalismo de segunda clase, un estructuralismo incompetente, un popperianismo insensato, y claro, un marxismo harto tedioso. Dada la influencia incuestionable que el marxismo ejerce en la producción latinoamericana es oportuno señalar que entre las vertientes del conocimiento acerca de la política en América Latina, se encuentra una variante escolástica del marxismo, caracterizada, exactamente como positivismo del siglo pasado, por el onanismo intelectual, por la obsesión definicional y por el fanatismo del dogma. Al lado de la producción marxista de buena calidad que, junto con otras corrientes ha contribuido para el avance del conocimiento sobre la realidad política latinoamericana, se amontonan volúmenes y más volúmenes, ensayos, revistas, opúsculos y otros materiales estrictamente ocupados en descifrar el verdadero sentido de las enseñanzas del maestro, en esclarecer conceptos y en distribuir pases de entrada para el círculo de los iluminados y verdaderos marxistas.

Se dan asimismo, las querellas sobre “hegemonía”, “aparatos ideológicos de Estado”, “bonapartismo”, “capitalismo de Estado”, “modo de pro-

ducción”, entre otros, sin que ni siquiera la mitad de la misma atención se brinde a la producción de conocimientos de acuerdo con los conceptos y doctrinas que cada cual esta convencido “son los más adecuados”. Sin que por consecuencia, de este marxismo de segunda clase, se desprendan investigaciones efectivas sobre procesos reales, en los que la calidad artesanal en la investigación, ofrece resultados lamentables. Es como si el celo conceptual dispensase mayor apuro en la investigación efectiva, estando asegurada la validez de las conclusiones por la veracidad cristalina de los conceptos preliminares.

Como sería de esperar, este tipo de marxismo también se ocupa de controversias bizantinas sobre quién es el verdadero intérprete. . . ¿europeo? ¿americano?, a la manera del evangelio primitivo. ¿Lewis? ¿Althusser? ¿Será Foucault realmente un marxista. . . y Habermas? ¿Y qué hacer con la Escuela de Frankfurt? En cuanto esto, se desprecia superiormente el trabajo pedestre, modesto y cansado de investigación paciente y bien cuidada; se deja a los “empiristas” o “funcionalistas”, esto es, a todos aquellos “deficientes” que no llegan a alcanzar ningún orgasmo intelectual al leer, en gran parte por deber de oficio, los contorsionismos verbales y mentales del recientísimo grupo de “teóricos” italianos cuyo objetivo es disipar de una vez por todas cualquier duda sobre si existe o no existe una teoría marxista del Estado.

Es este marxismo de segunda clase, largamente difundido en América Latina, que al lado del historicismo y del economicismo igualmente incompetente, provoca dispersión de esfuerzos al mismo tiempo que provoca el “dandismo intelectual” de gran número de intelectuales y científicos de la política en América Latina, los cuales si estuvieran bien dotados de práctica en la investigación empírica y no estuvieran prematuramente momificados por la escolástica vigente, podrían ciertamente contribuir de forma real en el avance del conocimiento político del área, más ahora en que es este el valor que podría ayudar de manera más eficaz para hacer de América Latina una región más libre y más justa.

CONCLUSION

La división del trabajo intelectual ha provocado consecuencias positivas y negativas a lo largo de la historia de las disciplinas sociales. Sin discutir los problemas epistemológicos implícitos en la forma por la que tal o cual proceso se materializó, se debe reconocer que las diversas disciplinas sociales han procurado superar las consecuencias negativas de la compartimentación buscando encontrar puntos de referencia que les permitiese totalizaciones parciales, elevando de esta forma las dosis de inteligibilidad de los conocimientos parciales acumulados. No se ha discutido aquí si las totalizaciones parciales buscadas están fundadas epistemológicamente, ni si serían más ricos los resultados en el caso de que la división del trabajo intelectual hubiese seguido otra senda.

Para los efectos de este texto, no bastó la identificación del problema, pues su objetivo primordial fue el de sublimar las consecuencias negativas que tal proceso produjo en América Latina. Por lo tanto, si es insensato ne-

gar el progreso de la disciplina por el impulso de la especialización y compartimentación, parece ya maduro el momento para que se comience a contabilizar las deficiencias que la Ciencia Política latinoamericana revela, como resultado mismo de la especialización. Creo que sin una consciencia más aguda de las raíces intelectuales de esos defectos, más tiempo les tomará a los científicos políticos del área en perfeccionar la calidad de su trabajo, y con esto, que es el objetivo final de la producción científica, aumentar la cantidad de conocimientos relevantes y confiables sobre los procesos políticos latinoamericanos.

Es evidente que otros factores diversos de naturaleza extra-intelectual dificultan la institucionalización del trabajo científico en América Latina. Se sabe perfectamente bien la ojeriza que sistemas autoritarios manifiestan en relación a las disciplinas sociales, y siendo en América Latina frecuente el fenómeno del autoritarismo, se pueden imaginar las consecuencias adversas que resultan para el trabajo científico. Censura, persecuciones y violencias de todo orden acompañan la carrera de aquellos dedicados al estudio y la investigación política. Constituiría excesiva autoconmiseración, empero, atribuir las deficiencias de la disciplina en el área, tan sólo a esos factores. Hay vulnerabilidades estrictamente intelectuales que compete precisamente a los profesionales de la disciplina, identificar y discutir.

Si es lícito exigir de los investigadores sociales, que en cuanto ciudadanos plenos luchan por la emergencia de regímenes políticos más libres y más justos en el área, es igualmente válido que se les convoque a una responsabilidad intelectual, iniciando esta por la aceptación de un debate sobre las propias insuficiencias. Tal fue el objetivo exclusivo de estas notas preliminares sobre el ejercicio de una ciencia incierta en países problemáticos.

